



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9513

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MARTES 18 DE JULIO DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL



COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS.

Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, n.º 1 (Pasaje de Recoletos.)

GARANTIAS

Capital social efectivo... Pesetas	2.000.000
Primas y reservas.....	40.697.980
Total.....	52.697.980

29 AÑOS DE EXISTENCIA.

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía nacional contrata seguros contra los riesgos de incendios. El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 48.801.676,53.

Diríjase á los Subdirectores Sres. Viuda de Soro y C.ª, Plaza de los Caballos, 15.

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera, Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

HERNIAS

(VULGO QUEBRADURAS.)

Curación pronta y radical de las mismas ya sean inguinales, umbilicales o clurales por crónicas que sean y en todas las edades y sexos con el procedimiento del Dr. Sabdival

Ningún enfermo sugeto á nuestro tratamiento ha dejado de curarse, necesitando solo de 3 ó 4 meses los niños hasta la edad de 14 años y de poco tiempo más las personas mayores.

El Dr. Sabdival permanecerá en esta población hasta el jueves por la tarde, alojándose en el Hotel Francés, donde podrán consultarle de 10 de la mañana á 4 de la tarde.

MUSEO COMERCIAL

EXPOSICIÓN PERMANENTE Y VENTA EN COMISION DE PRODUCTOS INDUSTRIALES

Sección agrícola: Arados.—Azufradores para la vid.—Taponadoras.—Injertadores.—Bombas.—Norias.—Muebles para jardín.—Jarrones.—Guano insecticida.—Herramental completo para la agricultura.

Minas y Maquinaria: Máquinas y calderas de vapor.—Bombas.—Vías férreas.—Wagones.—Tuberías.—Tornillaje.—Cubas.—Cables.—Desincrustante.—Manufacturas de caucho y amianto.—Crisoles.—Candiles.—Barrenas.—Picos.—Legones.—Etc., etc.

Construcción: Chimeneas, pilas, escaleras y demás manufacturas de mármol.—Sifones, inodoros, tubos y codos de hierro para aguas y retretes.—Mosáicos y demás productos hidráulicos de mármol artifi-

cial.—Ladrillo hueco, teja plana, balaustres, remates y jarrones de barro cocido.—Papeles pintados.—Mayólicas, etc., etc.

Mobiliario: Sillas.—Cómodas.—Mesas.—Camas.—Espejos.—Cajas de caudales.—Básculas, etc., etc. PASAJE DE CONDESA.—PUERTA DE MURCIA.

FUERZA É IDEAS.

Si á la iniciativa y al empuje que caracterizan nuestro progreso industrial, se uniera un previsor cuidado por lo que personalmente afecta ó pueda afectar á los intereses de la producción, veríanse sin tanta pavora como se ven las inevitables crisis que la industria sufre y se afrontarían con serenidad de ánimo las contrariedades que por ruinosas se tienen. Por desgracia, es factor tan poco considerado entre nosotros el elemento personal, que en lugar de anteponerlo á todo otro, se supedita y entrega á la conveniencia del momento, rindiéndole en continuo vasallaje al interés, no siempre bien definido ni constante, de una explotación cualquiera.

Sin incurrir en hipérbolo, puede decirse que en toda industria antes es la máquina que el hombre, y más preferencia se otorga al producto que al productor. No parece sino que la actividad inquieta; la iniciativa creadora, dependen por completo de los engranajes, ruedas, transmisiones y poleas que prestan vida y movimiento al taller ó á la fábrica. Para ellas es la atención continua del industrial; en ellas persiste la mirada anhelosa del productor; á ellas se dedican todos los cuidados, todos los afanes, el capital mismo de la empresa. Aquellas máquinas que el cálculo ha combinado para la producción, conviértense en tiranas de la idea que supe crearlas, como si la materia quisiera vengarse del rendimiento á que el espíritu la obliga.

Y, sin embargo, más poderosa que ellas es la idea que pudo concebirlas y el propósito á cuyo fin se mueven sin conciencia alguna. Sus ejes y volantes, sus excéntricas y engranes, que el roce inutiliza y desgasta el tiempo, admiten fácil renuevo y más sencillo cambio; la vida á cuyo impulso se mueven el pensamiento á cuya orden giran, no son, por el contrario, renovables aunque los años también los rindan y acaben. Esa vida, ese pensamiento no merecen, con todo, mayor cuidado que las máquinas necesarias en una explotación industrial. ¿Por qué?

Mostremos de relieve tan inconcebible contrasentido. Aquella riqueza transformada en fuerza productora, puede desaparecer en un instante, puede anularse en un momento. Una nueva invención, un cambio de régimen fiscal, una desviación de las corrientes comerciales, una concurrencia inesperada é imprevista reducen la máquina á hierro, el capital á ruina, la anhelada fortuna á terrible fracaso. ¿Qué queda después? ¡Oh! Queda el capital inextinguible, la idea; queda la fuerza creadora, la voluntad; queda la energía constante, la vida. Ellas bastan para que otra vez vuelva el trabajo á reanudar la desierta fábrica y para que el taller silencioso vuelva á agitarse al ruido de nuevas máquinas ó de explotaciones nuevas.

¡Cuál anomalía más grande! Apenas si esa vida, base y expresión única del desenvolvimiento industrial, merece cuidado alguno con ser ella tan necesaria, con ser ella garantía cierta de la industria. Contra el incendio que puede destruir la fábrica, pone la previsión del productor la salvaguardia de un seguro; contra el tiempo que consume lentamente la maquinaria, pone el capital la prevenida atención, de una amortización persistente. Todo, el taller; nada, el hombre. Si la muerte le sorprende, ¿qué

importa que la suma de todos sus afanes se reduzca á unas cuantas toneladas de hierro, difícilmente convertibles en una cantidad, sin grandísimo quebranto? Si los años van agotando, poco á poco, fuerzas, virilidad y energía, ¿qué importa una vejez azarosa, expuesta á todas las contingencias que la desgracia puede llevar ocultas en su insondable seno?

¿Es acaso, que no cabe para esa riqueza que la vida supone, garantía de ninguna especie? ¿Es que el edificio y la maquinaria, la materia renovable, la fuerza inconsciente han de obtener derechos y preferencias negados al ser, negados á la idea, negados al hombre? ¿Es que una existencia vale menos que la herramienta cuyo desgaste se gradúa y se amortiza? En nuestro país, sí; en otras naciones más adelantadas industrialmente que nosotros, nó. Bien se considere cómo sola fuerza el espíritu creador, bien se eleve la idea á la categoría de pristina producción sobre la vida que las compendia, puede poner el industrial la cotización fija del previsor anhelo al abrigo de todas las contingencias adversas, en vencedora defensa de la muerte misma.

Y la pone ciertamente: no aquí, en España, donde la existencia, con apreciarse en mucho, valúase en poco, sino en Inglaterra, en los Estados Unidos, en Francia, en Bélgica, en Alemania, en Austria, en Holanda, en Italia misma, á pesar de hallarse esta nación muy por bajo del progreso industrial de las otras citadas. Ni en hipótesis se admite en ninguno de estos países que el creador de una fábrica, que el dueño de un taller, por insignificante que sea, no pida al seguro sobre la vida una garantía para el capital que la propia existencia representa. Y ello es lógico, y ello es cuerdo, y ello es natural, y es justo. Lo absurdo es que se pida una seguridad contra el azar de un incendio y no se pida contra lo indudable de la muerte. Lo absurdo es